

Imaginación, metáfora y gnoseología en el pensamiento de Adam Smith

Gonzalo Carrión*

En el presente trabajo se aborda la temática de la significación de la metáfora dentro de la obra de Adam Smith, según los principios gnoseológico-antropológicos adoptados por el autor. Se tratará de mostrar, entonces, que según la redefinición antropológica propuesta por David Hume y aceptada por Smith, la metáfora cumpliría una función destacada para el conocimiento científico, sin dejar de lado su valoración estética, sino, en cierto sentido, gracias a ella. Para comprender esto se analizará la función de la imaginación en su relación con las pasiones humanas tanto en el ámbito gnoseológico como artístico.

Palabras clave: Antropología, Gnoseología, Imaginación, Pasiones, Metáfora, David Hume, Adam Smith.

This paper deals with the subject of the signification of metaphor into the Adam Smith's work according to gnoseological-anthropological's principles adopted by the author. In due course, it will attempt to show that in accordance with the anthropological redefinition put forwards by David Hume and accepted to Smith, metaphor would performs an outstanding function for scientific knowledge, without missing its aesthetical assessment, but, in a sense, thanks to it. To understand this, it will be analyzed the function of imagination in relation with human passions both in gnoseological and artistic realms.

Keywords: Anthropology, Gnoseology, Imagination, Passions, Metaphor, David Hume, Adam Smith.

* Gonzalo Carrión es economista y profesor en la Universidad Nacional de Villa María, Argentina (gcarrión2001@yahoo.com.ar).

186 Introducción

Sin lugar a dudas, la *Invisible Hand* de Adam Smith figura entre las más célebres metáforas en la historia de la ciencia y los críticos han discutido —y siguen discutiendo— acaloradamente sobre su significación para la comprensión de los fenómenos sociales, en general, y la economía, en particular. Nuestro propósito en este trabajo, sin embargo, no será brindar una interpretación más sobre esta metáfora en particular, sino que dirigiremos nuestra atención a la importancia de la figura de la metáfora en general para el filósofo escocés, en relación con las nociones gnoseológicas y antropológicas que están en la base de su pensamiento.

En su libro sobre la metáfora, Carmen Bobes sostiene que las definiciones del arte dadas a lo largo de la historia occidental pueden dividirse en dos grandes grupos: una concepción mimética y otra creativa, sea que estén sustentadas por una filosofía realista o una filosofía idealista, respectivamente. En cuanto figura retórica la metáfora puede comprenderse, pues, desde alguna de esas dos perspectivas¹, y en su estudio histórico Bobes, destaca como punto de ruptura de la visión mimética de la metáfora el advenimiento de la poética romántica y el idealismo alemán, con su exaltación de la capacidad creativa humana mediante la facultad imaginativa. No obstante, reconoce al pasar como antecedente del movimiento romántico al empirismo inglés del siglo XVIII: “Las dos etapas (clásica y romántica) en la creación y en la interpretación de la metáfora tienen su transición, y a la vez su gozne, en las teorías filosóficas del idealismo alemán y su antecedente inmediato en el romanticismo inglés”².

1 Bobes, C. (2004), pp. 9-10.

2 Bobes, C. (2004), p. 50.



Tomando en cuenta esta contextualización aportada por el trabajo de Bobes, trataremos de mostrar que, según los principios gnoseológico-antropológicos, epistemológicos y estéticos de Adam Smith, la metáfora ocupa un lugar destacado en el proceso cognoscitivo, tanto habitual como científico, siendo esto, además, un particular indicativo de la constante tensión entre realismo e idealismo inherente a la transición señalada anteriormente³.

Para fundamentar nuestra postura intentaremos sacar a la luz algunas de las nociones antropológicas básicas para Smith en relación con el conocimiento de los objetos externos, primero, y luego, de acuerdo con su perspectiva acerca de la génesis y desarrollo de las teorías científico-filosóficas. Allí destacaremos el papel primordial que ocupa la imaginación como facultad cognoscitiva, dado su estrecho vínculo con las pasiones, de acuerdo con la aceptación de lo que denominaremos redefinición antropológica sugerida por David Hume. A continuación abordaremos la cuestión de la relación entre ciencia y arte en el pensamiento smithiano, considerando los vínculos que se establecen entre ambos campos mediante la noción de belleza y, a su vez, la relación entre esta noción y los principios antropológicos analizados previamente. A partir de allí nos enfoca-

3 Cuando hablamos acerca de la tensión entre realismo e idealismo, tanto en la obra de Smith como en la de Hume, hacemos referencia a la particular condición que está en la base su empirismo nominalista, i.e., por un lado, la crítica al método idealista cartesiano y, en tal sentido, la reivindicación de la experiencia en el conocimiento. Por el otro, la dependencia del planteamiento moderno (cartesiano, pero cuyo origen se puede rastrear hasta el nominalismo de Ockham) del problema del conocimiento, con su negación a la posibilidad de captación intelectual de las esencias de las cosas (realismo clásico) y, en consecuencia, la preeminencia del sujeto cognoscente como productor de su propio conocimiento. Sobre el planteamiento cartesiano de la cuestión del conocimiento véase Gilson, É. (1997), pp. 43 y ss. Sobre la relación entre empirismo e idealismo véase Jolivet, R. (1936), pp. 15-48. Sobre la crítica del empirismo humeano al cartesianismo, véase Gilson, É. (1951), p. 175.



188 remos en las características de la metáfora según la definición y la clasificación que el propio Smith brinda, y trataremos de mostrar los alcances de la metaforización en el pensamiento del filósofo escocés.

I. La imaginación y el conocimiento de los objetos externos

Aunque Adam Smith nunca expuso de manera sistemática sus reflexiones sobre gnoseología y antropología, es posible, no obstante, hallar indicios de algunas de sus concepciones fundamentales a lo largo de toda su obra. En tal sentido, los opúsculos juveniles cobran especial relevancia. En el pequeño tratado titulado “De los Sentidos Externos”, Smith trata la cuestión del conocimiento de las cosas externas valiéndose de la distinción moderna entre cualidades primarias y cualidades secundarias. A través del tacto, el hombre percibe un objeto como exterior e independiente de él, en cuanto es captado al ejercer presión sobre una parte de su cuerpo. Esta capacidad de resistencia, que llamamos solidez, hace que la cosa que la posea sea percibida como una sustancia. De hecho en el lenguaje ordinario, dice Smith, *sólido* y *sustancial* se utilizan como sinónimos⁴. Por otra parte, la solidez supone la extensión y ésta la divisibilidad, la figura y la movilidad, a punto tal que estas cualidades primarias “parecen integrar necesariamente la idea o concepción de una sustancia sólida. Y continúa Smith: Son en realidad inseparables de esa

4 EF p. 138. En el original: “This power or quality of resistance we call Solidity; and the thing which possesses it, the Solid Body or Thing. As we feel it as something altogether external to us, so we necessarily conceive it as something altogether independent of us. We consider it, therefore, as what we call a Substance, or as a thing that subsists by itself, and independent of any other thing. Solid and substantial, accordingly, are two words which, in common language, are considered either as altogether, or as nearly synonymous”. EPS p. 136.



idea o concepción, y no es posible concebir sin ellas la existencia de la sustancia sólida”⁵.

Las sensaciones de calor y frío, gusto, olfato y sonido, en cambio, no refieren necesariamente a una sustancia, sino sólo a la sensación producida en el órgano afectado, y de ningún modo puede decirse que sean cualidades inherentes a la cosa. Los objetos de la vista, como ha expresado Berkeley⁶, tampoco pueden sugerir la exterioridad e independencia de la sustancia como los del tacto, y aunque no guardan ninguna relación de semejanza con éstos, resultan para nosotros una especie de lenguaje instituido por el Autor de la Naturaleza, que representa e informa sobre la posición de los cuerpos con una eficacia muy superior a la de cualquier lenguaje creado por el hombre⁷.

Ahora bien, la tesis de la separación entre cualidades primarias y secundarias deja abierta la pregunta por la causa de las constantes e inmediatas asociaciones que los hombres realizan entre objetos de suyo diversos. Dicho de otra manera, si el análisis racional indica que aquello que es percibido por el tacto es realmente distinto de lo percibido por la vista, ¿mediante qué facultad o principio se reúnen de manera constante y sucesiva esas percepciones de modo que se hable de un único objeto? Smith niega explícitamente que esta tarea pueda ser cumplida por la sola razón⁸, por tanto, resuelve el inconveniente apelando a la acción de la imaginación, a la aplicación del principio

5 EF p. 140. La cita completa en idioma original: “These four qualities, or attributes of extension, divisibility, figure, and mobility, or the capacity of motion or rest, seem necessarily involved in the idea or conception of a solid substance. They are, in reality, inseparable from that idea or conception, and the solid substance cannot possibly be conceived to exist without them”. EPS p. 137.

6 Smith explicita su deuda para con Berkeley en este punto. EF p. 150.

7 EF pp. 159-160. Smith se refiere también a la relatividad de los objetos de la vista en la *Teoría de los sentimientos morales*. Véase TSM pp. 250-251.

8 EF p. 160.



190 de asociación de ideas a partir de la observación, y a la frecuencia y uniformidad de la experiencia⁹.

Así, gracias a la imaginación y la asociación de ideas, los hombres tienden a adscribir la magnitud propia de un objeto tangible a otro visible, lográndose una síntesis que la ‘razón analítica’ no podría validar¹⁰. No obstante, curiosamente Smith afirma que los objetos de la vista llegan a poseer en nuestra mente una proporción correspondiente a los objetos del tacto gracias a la “descuidada fantasía”¹¹, con lo cual parece advertir que esa síntesis imaginativa no tendría ningún correlato extramental. Se plantea, por tanto, el problema de la validez del conocimiento de las cosas externas y del fundamento último de las capacidades cognitivas.

Para resolver estas cuestiones, Smith recurre a la propia constitución antropológica, que está determinada, a su vez, por la finalidad de la naturaleza que ha dotado al hombre con sus facultades. Dice: “El benévolo objetivo de la naturaleza al concedernos el sentido de la vista es evidentemente informarnos acerca de la posición y distancia de los objetos tangibles que nos rodean”¹². Y más adelante afirma: “Da la impresión de que tales sensaciones [de calor y frío] nos fueron concedidas para la preservación de nuestros propios cuerpos [...] Esas sensaciones no podrían corresponderse bien con la intención de la naturaleza si no nos sugirieran así instintivamente una noción

9 EF p. 160, p. 163, p. 166, p. 143.

10 EF pp. 155-156. Vale aclarar que Smith no utiliza la expresión ‘razón analítica’, nosotros la incorporamos para indicar que, desde su perspectiva, el análisis es la operación más característica de esta facultad humana.

11 EF p. 156. Si bien, como señala Harrison, J.R. (1995), p. 93, Smith parece utilizar los términos *imagination* y *fancy* como sinónimos, el escocés tiende a aplicar el segundo término a los excesos de la imaginación.

12 EF p. 158.



difusa de existencia externa”¹³. Importa destacar aquí la estrecha relación entre lo instintivo y la acción de la naturaleza. Si el hombre debiera actuar exclusivamente guiado por su ‘razón analítica’, no podría proferir un juicio concluyente y expedito sobre, por ejemplo, la existencia y el advenimiento de un peligro mortal ante una sensación de calor extrema, y, por tanto, no tendría suficiente seguridad para obrar en consecuencia: huir de la fuente de calor. Pero esto sería opuesto a los planes de una naturaleza benigna, con lo cual esas cualidades, aún siendo secundarias, deben sugerir la existencia externa de manera instintiva, dado que el instinto promueve a la acción inmediatamente, a diferencia de las vacilaciones de la razón.

En resumen, en “De los Sentidos Externos” Smith manifiesta las siguientes ideas que nos resultan de particular interés para delinear algunos rasgos distintivos de su concepción antropológica:

1. La función específica de la razón es el análisis, i.e, la diferenciación y separación de ideas. Concluye entonces que ésta no puede explicar *per se* el conocimiento de las cosas externas en cuanto objetos individuales y generadores de sensaciones diversas a la vez.
2. La imaginación toma preeminencia en el proceso cognoscitivo puesto que se convierte en responsable de la síntesis que posibilita captar un objeto como un todo. Sin embargo, no toda síntesis imaginativa se corresponde con un objeto realmente existente. Este inconveniente impone la necesidad de buscar una garantía para el acto imaginativo de conocimiento del mundo exterior.
3. Para resolver este problema Smith relaciona la acción de la imaginación con cierto movimiento instintivo-pasional ante las percepciones de las cualidades secundarias, garantizado por la propia constitución de la naturaleza humana, que responde, en última instancia, a una teleología natural. De manera que puede establecerse una rela-

¹³ EF p. 170.



192 ción proporcional entre *inmediatez* y *realidad*: lo ‘realmente real’ será lo que el hombre ‘sienta’ de manera más intensa¹⁴.

Estas nociones muestran una clara línea de continuidad con el pensamiento de David Hume. En directa confrontación con la filosofía racionalista continental, este filósofo puso en tela de juicio el predominio de la razón como facultad primordial, directriz y distintiva del hombre. En efecto, utilizando los principios del cartesianismo y llevando al extremo el análisis racional, aún en contra de las propias conclusiones de Descartes y sus discípulos¹⁵, Hume disuelve las ideas complejas, como las de sustancia y causalidad, hasta llegar a un escepticismo radical, del cual se libera mediante una redefinición antropológica de corte empírico-naturalista¹⁶. La imaginación y las pasiones ocuparán para él el lugar de privilegio en la constitución de la naturaleza humana que para la tradición racionalista pertenecía a

14 EF p. 137. Nótese aquí la distancia existente entre la postura realista clásica y el empirismo smithiano: mientras el primero no requiere de una justificación *ad hoc* para garantizar el conocimiento de los objetos externos, dada la capacidad humana para aprehender la esencia de las cosas; el segundo, al haber negado dicha capacidad, aceptando al mismo tiempo el conocimiento mediante impresiones sensibles, requiere de una tal garantía, como en este caso la relación entre percepciones-imaginación-pasiones inherente a la naturaleza humana. Por otra parte, el vínculo inmediatez-realidad resultará clave para entender la función de la metáfora en el pensamiento smithiano, puesto que mediante esta figura se logra hacer concreto un objeto abstracto, como señala Bobes, C. (2004), p. 20, esto es ‘acercar’ al hombre aquello que se encuentra ‘más alejado’ de él, y, de esta manera, llegar a construir conocimiento sobre dicho objeto, ‘hasta creer que lo entendemos’. Lakoff, G. y Johnson, M. (1995), p. 64. Véase. EF p. 49.

15 Nos referimos aquí fundamentalmente a la utilización por parte de Hume del denominado ‘principio atomista’ cartesiano, según el cual “todo lo diferente es distinguible, y todo lo distinguible es separable”, de donde deduce que “todo lo que es concebido con claridad puede existir”. Hume, D. (2002), I, p. 99, p. 331.

16 Sobre la crítica a la noción de sustancia véase Hume, D. (2002), I, pp. 97 y ss. En cuanto al problema de la causalidad, Hume, D. (2002), I, pp. 159 y ss.



la facultad racional, y a través de ellas se debe entender, pues, la relación del hombre con la realidad y su obrar¹⁷.

Adam Smith, por su parte, sin dedicarse a realizar una crítica tan incisiva y corrosiva al racionalismo, parece, no obstante, tomar la postura de la perspectiva humeana para, a partir de la mencionada redefinición antropológica, desarrollar sus consecuencias en las más diversas áreas, como son la ciencia, la moral, el arte, la retórica, etc. En este sentido, Griswold caracteriza la postura smithiana como un escepticismo no-dogmático, es decir, como una limitación de las pretensiones de la razón en su intento de llegar a aprehender la esencia de las cosas al modo platónico, y con ello, un rechazo a la filosofía y a la teología en sus sentidos metafísicos clásicos¹⁸. Desde este punto de vista, sostiene este autor, Smith no hace sino poner en acto el programa humeano, lo que le permite evitar las discusiones que su amigo había entablado con la tradición filosófica, superando el momento negativo de la crítica, para dedicarse a un trabajo positivo de investigación.

Este novedoso punto de partida, heredado de Hume, puede advertirse, entonces, en la constante tendencia de Smith a trasladar las discusiones de problemas filosóficos desde el ámbito de la razón al de las pasiones a través del concurso de la imaginación¹⁹, lo que permite comprender, además, las continuas tensiones y oscilaciones entre realismo e idealismo, naturalismo y escepticismo, que atraviesan su obra, análogamente al caso de David Hume.

17 Sobre la diversidad de interpretaciones en torno a la obra de Hume véase Costa, M. (2003), pp. 157-176. Sobre nuestra perspectiva acerca del pensamiento de David Hume y su influencia en Smith véase Carrión, G. (2008), pp. 17-42.

18 Griswold, C. (1999), p. 164.

19 Véase Nussbaum, M. (2008), p. 89.



194 II. Conocimiento científico, arte y belleza

Quizás el opúsculo juvenil smithiano de mayor interés sea aquel que suele citarse con el nombre de “Historia de la Astronomía”. En este texto Smith pretende poner de manifiesto los principios explicativos del origen y desarrollo de toda indagación científico-filosófica²⁰. Así, comienza distinguiendo y describiendo tres sentimientos: el *asombro* causado por lo nuevo y singular, la *sorpresa* ante lo inesperado y la *admiración* producida por lo grandioso o hermoso; y a renglón seguido manifiesta el objetivo del escrito: “considerar en profundidad la naturaleza y causas de cada uno de estos sentimientos, cuya influencia es mucho más amplia de lo que un análisis descuidado podría hacernos imaginar”²¹, lo cual sugiere que, así como se reconoció una íntima relación entre pasiones e imaginación para dar cuenta del conocimiento de los objetos externos, de manera similar se recurrirá a esta relación para establecer principios epistémicos²².

Los sentimientos de asombro, sorpresa y admiración surgen a partir de la percepción de una brecha, por parte de la imaginación, entre ideas habitualmente conectadas. Para contrarrestar los efectos de displacer²³ así producido, la propia imaginación tiende a construir un ‘puente’ entre objetos que parecen irreconciliables. Sostiene

20 Como es sabido, además del opúsculo aquí citado se conservan otros dos que comparten la intención del primero. Estos se denominan: “Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustrados por la historia antigua de la física” y “Los principios que presiden y dirigen las investigaciones filosóficas, ilustrados por la historia antigua de la lógica y la metafísica”. Tomamos como base de nuestra exposición la “Historia de la Astronomía” por ser el texto más extenso y completo.

21 EF p. 45.

22 Sobre la relación entre los tres sentimientos mencionados y la imaginación en el proceso cognoscitivo véase Lázaro Cantero, R. (2002), pp. 111-122.

23 Skinner habla de la *desutilidad* producida por estos sentimientos. Skinner, A. (1972), p. 309.



Smith: “El supuesto de una cadena de hechos intermedios, aunque invisibles que se suceden unos a otros en un curso análogo a aquél en el cual la imaginación estaba habituada a moverse, y que enlaza dos apariencias desunidas, es el único medio por el que el pensamiento puede llenar el intervalo, es el único puente que, si cabe expresarlo así, puede suavizar el paso de un objeto a otro”²⁴.

La facultad imaginativa explica, pues, la unificación de fenómenos de las teorías científico-filosóficas gracias al doble acto de, por un lado, padecimiento ante la percepción de fenómenos inconexos y, por el otro, tendencia a la búsqueda de principios unificantes de esos mismos fenómenos. Es decir que, ante el displacer generado por un exceso pasional, la imaginación se pone en movimiento para retornar a un placentero estado de tranquilidad que es representado por la conexión fenoménica según la semejanza y la contigüidad.

De aquí que Smith defina a la filosofía como la “ciencia de los principios conectivos de la naturaleza”, y que establezca como su objetivo primordial “apaciguar el tumulto de la imaginación [causado por el caos fenoménico] y restaurar en ella el tono de tranquilidad y compostura que le es al tiempo más grato de por sí y más conforme a su naturaleza”²⁵. Y consecuente con esta concepción que podríamos denominar *poiética* de la filosofía²⁶, nuestro autor propone recorrer la historia de la astronomía sustituyendo la pregunta acerca de la veracidad de los sistemas explicativos por aquella que versa sobre la capacidad de cada uno para lograr el reposo de la imaginación. En efecto, lo que principalmente interesa a Smith al analizar la historia

24 EF p. 53.

25 EF p. 57.

26 Por contraposición a *teórica*, en el sentido aristotélico de la división de los saberes. Véase Aristóteles (1998), p. 76, Maritain, J. (1983), p. 23 y Crespo, R. (1995), pp. 93-111.



196 del pensamiento filosófico-científico, es determinar los motivos por los cuales una teoría llega a ser más aceptada que —y por tanto llega a sustituir a— otra, ya que, desde esta perspectiva, no solamente se entenderá lo que ocurrió históricamente con el desarrollo de la ciencia, sino que también se llegará a decir algo sobre lo que podría pasar en el futuro. En tal sentido, sostiene que, por mejor fundada que una teoría pueda estar en muchos otros respectos, si no está basada en principios familiares para toda la humanidad, no llegará a ser aceptada de manera general²⁷.

El énfasis en el factor psicológico del criterio de análisis propuesto por Smith puede interpretarse como una posición radicalmente subjetivista, relacionada con un total escepticismo gnoseológico y, consecuentemente, con un relativismo epistemológico. No obstante, si la noción de *familiaridad* de los principios conectivos utilizados para la construcción de un sistema explicativo se relaciona directamente con la *inmediatez* imaginativo-pasional, la cual, como dijimos en el apartado anterior, era el nuevo criterio de realidad, una vez aceptada la perspectiva filosófico-antropológica de herencia humeana, estaríamos frente a una postura más bien naturalista antes que relativista. Veremos si es posible defender esta interpretación refiriéndonos a las condiciones que Smith reconoce que satisface la teoría astronómica más ampliamente aceptada.

En su peculiar lectura de la historia de la astronomía, el filósofo de Kirkcaldy explica de qué manera se fueron originando, se enfrentaron y fueron sustituyéndose entre sí los diversos sistemas explicativos, desde aquellos basados en las esferas concéntricas (escuela italiana, Aristóteles, Eudoxio y Calipo), pasando por los de esferas excéntricas (Ptolomeo), el heliocentrismo de Copérnico, Galileo y Kepler, hasta el *plenum* etéreo cartesiano, para terminar con el sistema gravitatorio de Newton. Este último, según Smith, ha superado

²⁷ EF pp. 57-58.



de lejos a los anteriores, puesto que reúne las siguientes características:

- A. Está construido sobre un principio (la gravedad) que es concreto y determinado, además de resultar sumamente familiar a los hombres.
- B. Optimiza la economía explicativa, puesto que un solo principio basta para conectar todos los movimientos planetarios.
- C. Recibe una fuerte corroboración empírica.
- D. Su poder explicativo excede al de las teorías anteriores, dado que conecta en su sistema fenómenos hasta entonces inexplicados, como lo era el movimiento de los cometas.
- E. Continúa manteniendo una perfecta coherencia intrínseca²⁸.

Estas son las razones por las que la teoría newtoniana merece todas las alabanzas de Smith. Ningún otro sistema ha logrado apaciguar a la imaginación de tal modo, alcanzando, de esta manera, la finalidad

28 “El genio y la sagacidad superiores de Sir Isaac Newton, pues, lograron el más feliz y ahora podemos proclamar que el más grande y más admirable adelanto nunca conseguido en la filosofía cuando descubrió que podía integrar los movimientos de los planetas por un principio conectivo tan familiar que eliminó totalmente las dificultades que la imaginación había experimentado en su seguimiento hasta entonces”. EF p. 105. Y más adelante: “Tal es el sistema de Sir Isaac Newton, un sistema cuyas partes están más estrechamente conectadas que las de ninguna otra hipótesis filosófica. Si se admite este principio, la universalidad de la gravedad, [...] todas las apariencias que une a través de él se siguen necesariamente. Su conexión no es meramente un vínculo general e indefinido, como el de la mayoría de los otros sistemas, en los que es indiferente esperar estas apariencias o algunas similares. En todas partes es el más preciso y concreto que imaginarse pueda [...] Tampoco son los principios unificadores que emplea algo que la imaginación pueda experimentar dificultad alguna en seguir. La gravedad de la materia es de todas sus cualidades la que nos resulta más familiar, después de su inercia [utilizada por Descartes]”. EF p. 111.



198 de la filosofía²⁹. Ahora bien, al final de la “Historia de la Astronomía”, después de haber colmado de elogios la figura de Newton, dice Smith: “Ha de reconocerse que sus principios poseen un grado de firmeza y solidez que en vano buscaremos en cualquier otro sistema. Ni los más escépticos podrán evitar percibirlo. [...] E incluso nosotros, que hemos intentado representar todos los sistemas filosóficos como meras invenciones de la imaginación con objeto de conectar los fenómenos de la naturaleza que en otra circunstancia resultan desunidos y discordes, nos hemos visto seducidos a hacer uso del lenguaje que expresa los principios conectivos de este sistema, como si fueran realmente las cadenas reales que la naturaleza utiliza para vincular sus diversas operaciones. No podemos maravillarnos, entonces, de que haya ganado la aprobación general y completa de la humanidad, y que sea hoy considerado no como un intento de conectar en la imaginación el mayor de los descubrimientos jamás efectuado por el hombre, el descubrimiento de una inmensa cadena con las verdades más importantes y sublimes, todas estrechamente conectadas por un hecho capital, de cuya realidad tenemos experiencia cotidiana”³⁰.

Como bien ha notado Berry, este pasaje suele citarse en apoyo de las posturas que presentan el pensamiento smithiano como anti-realista³¹. No obstante, bien puede interpretarse como una muestra de la ambivalencia propia de las tensiones entre realismo e idealismo que, como hemos dicho, atraviesan la obra del escocés. En efecto, la ‘seducción’ que sintió el propio Smith al hablar del sistema newtoniano como si este representara verdaderamente la realidad natural es un indicativo del acercamiento de la teoría a la realidad, según el

29 Acerca de la influencia de la obra de Newton sobre los desarrollos de Adam Smith, pueden consultarse los siguientes textos: Cremaschi, S. (1989); Lázaro Cantero, R. (2002), cap. 2; Schliesser, E. (2003) y Montes, L. (2004), cap. 5.

30 EF p. 112.

31 Berry. C. (2006), pp. 122-123.



esquema gnoseológico que venimos delineando³². La proximidad para el común de los hombres del principio de la gravedad y la coherencia que presenta el sistema a la imaginación generan un movimiento pasional que lleva a aceptar como verdadera la teoría. Dicho de otra manera, así como al tratar del conocimiento de los objetos externos hallamos una relación de proporcionalidad entre inmediatez (imaginativo-pasional) y realidad, esta misma relación parece encontrarse en la base de la epistemología smithiana e indicar los límites de su escepticismo: una vez modificada la comprensión de la estructura antropológica, debe modificarse paralelamente el criterio de verificación de una teoría filosófico-científica.

Pero para ilustrar más acabadamente nuestro punto de vista sobre el alcance epistemológico de la primacía antropológica del binomio imaginación-pasiones en el pensamiento del escocés, resulta de interés poner en relación los textos ya mencionados con aquellos en los que se abordan cuestiones de estética y, de esta forma, aproximarnos más a la cuestión del lenguaje y la importancia de la metáfora.

Otra de las condiciones para la aceptación generalizada de una teoría científico-filosófica que Smith menciona es la belleza de la misma. Así, al hablar sobre el sistema explicativo de las esferas concéntricas dice: “Si ganó crédito de la humanidad por su razonabilidad, atrajo su asombro y admiración, sentimientos que afianzaron aún más su creencia, gracias a la novedad y la belleza de la visión de

32 Se ven aquí las diferencias entre lo que podríamos identificar como una postura clásica acerca del vínculo teoría-relidad, y la perspectiva smithiana al respecto. Mientras que, adoptando la primera posición, Smith debería aceptar como verdadera la teoría newtoniana por haber captado ésta la realidad tal cual es (esto allende los propios supuestos epistemológicos de Newton), desde el segundo punto de vista sólo se podría hablar de un ‘indicativo de acercamiento a la realidad’, y en tal sentido de ‘verdad’, por la mediación de los sentimientos causados por la conexión fenoménica lograda y sus efectos en la imaginación.



200 la naturaleza que presentó al pensamiento”³³. Y más adelante, al explicar de qué manera logró imponerse el sistema copernicano, afirma: “No fueron sólo la belleza y sencillez de este sistema las que lo recomendaron a la imaginación; lo nuevo e inesperado del enfoque de la naturaleza que abrió ante la imaginación despertaron más admiración y sorpresa que la más extraña de las apariencias, para cuya transformación en algo natural y familiar había sido inventado, y estos sentimientos lo volvieron aún más apreciado. Porque aunque el fin de la filosofía es aquietar ese pasmo suscitado por las apariencias inusuales o dislocadas de la naturaleza, ella nunca triunfa tanto como cuando, para conectar unos pocos objetos, quizás insignificantes en sí mismos, crea, por así decirlo, otra constitución de las cosas, más natural, que la imaginación puede seguir con mayor facilidad, pero más nueva y más opuesta a las opiniones y expectativas comunes que ninguna de esas mismas apariencias”³⁴.

Si bien, de acuerdo con lo anterior, una teoría debe ser bella para ser comúnmente aceptada y, a su vez, debe generar una nueva imagen de la naturaleza que genere admiración y sorpresa precisamente por su facilidad de concepción para la imaginación, el escocés no nos brinda en la “Historia de la Astronomía” ninguna definición de lo que entiende por belleza ni de la relación entre ésta y las pasiones humanas. Para encontrar una definición tal debemos remitirnos a otro de sus opúsculos, titulado “De la naturaleza de la imitación que tiene lugar en las llamadas artes imitativas”.

Sostiene allí que suele denominarse belleza a cierta semejanza basada en la simetría de proporción dentro una disposición dada de cosas³⁵. No obstante, esta definición vale para la calificación de los objetos tal como se dan en la naturaleza. Las obras de arte —en cuanto creaciones humanas— deben cumplir con otra característica para

33 EF p. 66.

34 EF p. 84.

35 EF p. 173.



ser consideradas bellas, deben unificar por semejanza objetos que en la naturaleza presentan grandes diferencias: “la disparidad entre el objeto imitador y el imitado es el fundamento de la belleza de la imitación. Como un objeto no se parece naturalmente al otro, nos place que por el arte llegue a parecersele”³⁶. El mérito de las artes imitativas radica, pues, en su capacidad para conectar dos elementos, *per se* diferentes, mediante un proceso determinado. Dice Smith: “Las maravillas de la estatuaría y la pintura nos parecen fenómenos prodigiosos, que difieren de los fenómenos formidables de la naturaleza en que transportan con ellos, por así decirlo, su propia explicación, y demuestran, incluso a ojos vistas, la forma y manera en que han sido producidos. [...] La placentera admiración de la ignorancia viene acompañada de la aún más placentera satisfacción de la ciencia. El efecto nos maravilla y asombra; y nos gusta y satisface el verificar que podemos comprender en algún grado cómo se produce tan prodigioso efecto”³⁷.

Así como el objetivo de la investigación científico-filosófica consistía en devolver a la imaginación su estado de reposo natural alterado por los sentimientos de sorpresa y asombro producidos por la captación de fenómenos inconexos, y alcanza su objetivo plenamente cuando el sistema explicativo creado, a su vez, admira y sorprende por su novedad y facilidad de concepción en relación con la inmediatez de los principios puestos en juego, las artes imitativas consiguen su objetivo cuando generan en el hombre los sentimientos placenteros de admiración y asombro mediante la producción de una nueva relación de semejanza entre elementos dispares, a través de procedimientos identificables³⁸.

36 EF p. 181.

37 EF p. 182.

38 En la IV Parte de la *Teoría de los sentimientos morales* Smith discute la postura racional-utilitarista de Hume y enfatiza el elemento pasional en la captación de lo bello. TSM pp. 317 y ss. Véase además Harrison, J.R. (1995), pp. 102-105.



202 Si ambas disciplinas –ciencia y arte– se explican por su relación con las mismas pasiones humanas, no pueden ser totalmente diferentes. De hecho, como vimos anteriormente, Smith define a la filosofía en términos poiéticos, por tanto, sus productos son susceptibles de evaluación estética. Es significativa al respecto la comparación que el escocés establece entre un sistema científico-filosófico y un concierto: “Al contemplar esa inmensa multiplicidad de sonidos gratos y melodiosos, arreglados y recopilados, tanto en su coincidencia como en su sucesión, en un sistema tan completo y regular, la mente en realidad disfruta no sólo de un muy intenso placer sensual sino también de un elevado placer intelectual, no disímil del que deriva de la contemplación de un gran sistema en cualquier otra ciencia”³⁹.

Podemos decir en este sentido que Smith está interpretando las siguientes palabras de Hume: “todo razonamiento probable no es otra cosa que una especie de sensación. No sólo en música y poesía debemos seguir nuestros gustos y sentimientos, sino también en filosofía”⁴⁰. Y esto, a su vez, nos recuerda la reciente advertencia de Max Black: “Los aspectos imaginativos del pensamiento científico se han venido desdeñando demasiado: pues la ciencia, como las humanidades o la literatura, es un asunto de la imaginación”⁴¹. No obstante, insistimos, esta reivindicación de los aspectos imaginativo-pasionales de la ciencia y la filosofía por parte de Smith, que incluso llega a difuminar las férreas fronteras racionalistas entre ciencia y arte, no parece implicar una postura anti-realista, sino que se apoya en supuestos antropológicos diversos más cercanos al naturalismo empirista y al escepticismo moderado de tinte humeano.

³⁹ EF p. 202.

⁴⁰ Hume, D. (2002), pp. 193-194.

⁴¹ Citado en Oliveras, E. (2007), p. 189. Véase McCloskey, D. (1985), p. 38.

III. Ciencia, arte y lenguaje: la importancia de la metáfora

203

Lo dicho hasta aquí sobre las relaciones entre ciencia, arte y principios antropológicos debe complementarse ahora con las reflexiones que Smith realizara sobre el lenguaje, lo que nos permitirá comprender el papel de la metáfora en el conocimiento humano según sus nociones gnoseológico-antropológicas.

Como hemos visto, la búsqueda de similitudes en ámbitos aparentemente diversos es una de las tendencias más notables de la naturaleza humana. Y, al tratar el problema del origen del lenguaje, Smith recurre nuevamente a esta propensión identificando al ‘amor a la analogía’ como uno de los principios antropológicos fundamentales para explicar la aparición y concordancia de las partes componentes del lenguaje, según el esquema histórico conjetural seguido en sus “Considerations concerning the First Formation of Languages”⁴².

Para explicar el origen de las declinaciones en las lenguas más antiguas como la manera más inmediata (en el sentido de menos abstracta) de expresar relaciones entre objetos, que en las lenguas modernas requieren la utilización de preposiciones, sostiene: “Esto [la generalización de la tendencia a modificar la desinencia de una palabra para denotar cierta relación entre ésta y otra], digo, hubiera ocurrido con probabilidad o más bien con certeza, pero hubiera ocurrido sin ninguna intención o previsión por aquellos que primeramente dieron el ejemplo, y que nunca pretendieron establecer una regla general. La regla general se establecería por sí misma de mane-

⁴² El título completo de este pequeño tratado es: “Considerations concerning the First Formation of Languages, and the Different Genius of Original and Compounded Languages”, y se encuentra editado en el Vol. IV de la Glasgow Edition of the *Works and Correspondence of Adam Smith*, junto con las *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*. Sobre la importancia de la historia conjetural en la obra smithiana véase Méndez Baiges, V. (2004), pp. 89-108.

204 ra insensible, muy gradualmente, a causa de ese *amor a la analogía y a la similitud de sonido* que es el fundamento más importante de la mayor parte de las reglas de la gramática”⁴³.

Como en el caso de la génesis y sucesión de los sistemas explicativos, Smith recurre nuevamente a una tendencia pasional relacionada con la captación de una determinada semejanza para dar cuenta del origen y desarrollo de los lenguajes y las reglas gramaticales correspondientes⁴⁴.

En las *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*, Smith se refiere explícitamente a las figuras retóricas, como son la alegoría y la metáfora. Y en un primer momento advierte sobre los inconvenientes que una utilización excesiva de dichas figuras puede ocasionar para la claridad de la expresión⁴⁵. Sin embargo, lo que más nos interesa aquí es que el escocés da una definición de metáfora o *traslatio*, como era denominada por los retóricos antiguos. Se denomina así, dice, a la alteración en el significado de una palabra, bien por un significado

43 LRBL p. 211. Las traducciones y lo destacado nos corresponde. Anteriormente, refiriéndose a la generación de la concordancia entre sustantivos y adjetivos, había dicho: “Los hombres naturalmente les darían las mismas terminaciones que a los sustantivos a los que fueron aplicados primeramente, y a partir de ese amor a la similitud de sonido, de ese deleite por el retorno de las mismas sílabas, cual es el fundamento de la analogía en todos los lenguajes, serían capaces de variar la terminación del mismo adjetivo, según tuvieron ocasión de aplicarlo a un sustantivo masculino, femenino o neutro”. LRBL p. 208. Y más adelante agregará: “Los primeros formadores del lenguaje parecen haber variado la terminación del adjetivo, de acuerdo con el caso y el número del sustantivo, por la misma razón que los hicieron variar según el género; el amor a la analogía y a una cierta regularidad de sonido”. LRBL p. 215.

44 Es difícil pasar por alto en el pasaje anteriormente citado —aunque aquí nos limitemos a una mención— la apelación típicamente smithiana a una consecuencia no intencionada de una propensión natural, como es en este caso el amor a la analogía.

45 LRBL p. 8.



con el que la palabra guarda cierta semejanza o analogía, bien por alguno con el que no guarda semejanza pero mantiene cierta conexión⁴⁶. Y a continuación introduce una singular clasificación. Como en toda metáfora debe existir una relación entre dos objetos, y nuestros objetos son de dos tipos, corporales o intelectuales, según sean percibidos por los sentidos o por la mente, las metáforas pueden ser de cuatro clases:

1. Cuando una idea correspondiente a un objeto corporal se aplica a un objeto intelectual.
2. Cuando la de un objeto intelectual se aplica a otro corporal.
3. Cuando la idea de un objeto corpóreo se aplica a otro objeto corpóreo.
4. Cuando la de un objeto intelectual se aplica a otro objeto intelectual⁴⁷.

Ahora bien, si consideramos, entonces, a la metáfora dentro del esquema gnoseológico-epistemológico smithiano podemos decir que, gracias a su propiedad traslaticia derivada de la captación de semejanzas o analogías mediante la imaginación, este tropo cumple un papel clave en el proceso cognoscitivo, sin dejar de lado su función estética de ornamentación del lenguaje, sino, al menos en un sentido, precisamente gracias a ella. En efecto, por un lado, teniendo en cuenta que el conocimiento (común y científico) está constituido básicamente para Smith en conexiones de ideas construidas por la imaginación, la representación metafórica ayudaría a generar y ampliar dichas relaciones mediante el intercambio de significados de ideas diversas pero, de alguna manera, relacionadas. Además, según la clasificación arriba consignada, la metaforización nos permitiría conocer objetos intelectuales, más abstractos, i.e, lejanos para

⁴⁶ LRBL pp. 28-29.

⁴⁷ LRBL p. 29.



206 el hombre, mediante la traslación de significados de objetos concretos y asequibles⁴⁸.

No obstante, cabe señalar que, continuando con la lógica de análisis que nos ha guiado hasta aquí, no toda metáfora resultaría cognoscitivamente relevante, puesto que, dice Smith, este tropo puede utilizarse indebidamente. En efecto, nuestro autor propone un criterio para identificar el correcto empleo de la metaforización, dice: “Es evidente que ninguna de esas metáforas [se refiere a la clasificación citada] puede resultar bella a menos que esté tan adaptada que dé la debida fuerza de expresión al objeto a ser descripto y al mismo tiempo hacer esto de una manera más sorprendente e interesante. Cuando no es este el caso, necesariamente nos llevarán a la rimbombancia o a la burla”⁴⁹.

La característica de “adaptación” de una metáfora para ser considerada bella remite a la idea de proporcionalidad (intrínseca al concepto de belleza artística, como hemos visto), y se comprende mejor cuando se analizan los casos citados por Smith para ejemplificar el uso de las mismas. Nathaniel Lee, Homero y Thompson, dice, han empleado mal las metáforas toda vez que mediante ellas relacionaron dos objetos extremadamente diversos. Así, por ejemplo, el primero comparó inadecuadamente la fuerza de un ciclón con la furia de Alejandro, puesto que aquella es tan mayor que esta que se vuelven, precisamente, incomparables. Virgilio y Milton, en cambio,

48 El mismo Smith da notables ejemplos de utilización de metáforas. Así, en la “Historia de la Astronomía” las teorías científicas resultan ser máquinas, EF p. 75; al igual que el lenguaje en las “Considerations”, LRBL p. 223; sin olvidar una de las más célebres metáforas en la historia de la ciencia como lo es la de la ‘Invisible Hand’ en la *Riqueza de las naciones*, RN p. 402. Para un análisis más detallado del uso de metáforas en la obra smithiana en relación con la problemática del ‘estilo’ científico, véase el excelente artículo de Cremaschi, S. (2002), especialmente pp. 91-98.

49 LRBL p. 29. La traducción es nuestra.



ejemplifican para Smith el uso correcto de las metáforas. Este último compara justamente el chirriar de las puertas del infierno con el trueno. Esta metáfora, observa nuestro autor, no hubiera sido tan buena si hubiese comparado al trueno con el sonido de las puertas de una ciudad, y menos aún si lo hubiera hecho con el de una casa cualquiera⁵⁰.

Si la belleza de una metáfora está determinada, en última instancia, por la sorpresa e interés que genere según la proporcionalidad de los objetos puestos en relación por la imaginación, se está repitiendo aquí el esquema explicativo que ya hemos visto utilizar a Smith para el conocimiento de los objetos externos, la génesis y desarrollo de las teorías científico-filosóficas y las artes imitativas. El criterio de propiedad de una metáfora se resuelve acudiendo al núcleo imaginativo-pasional de la naturaleza humana. Ahora bien, si esto es así, podríamos preguntarnos, como en los casos anteriores, si el citado “amor a la analogía” y a la semejanza que está en la base del lenguaje, y que se manifestaría de manera especial en la metaforización, corresponde únicamente a una tendencia intrínseca de la naturaleza humana sin ningún correlato extramental, o si guarda cierta conexión con la realidad exterior, es decir, si existen garantías para el conocimiento humano por analogía expresado en la metáfora. En principio, cabe recordar que, al menos en dos oportunidades en la “Historia de la Astronomía”, Smith se refiere no al ‘amor a la analogía’ sino a la ‘analogía de la naturaleza’⁵¹, dando a entender que la realidad misma presenta semejanzas que podrían ser reconocidas por el conocimiento humano. No obstante, y de acuerdo con nuestras reflexiones sobre la gnoseología smithiana, si para llegar a lo ‘realmente real’ debemos recurrir a lo inmediato según la imaginación y

50 LRBL p. 30.

51 EF p. 91 y p. 98. En la *Teoría de los sentimientos morales* también aparece la frase, al menos una vez, pero antes que a una posición personal se refiere a una teoría de Hutcheson, F. (1997), p. 546.



208 las pasiones humanas, existiría una relación proporcional entre la cualidad estética de una metáfora y el conocimiento que ésta pudiera aportar. Dicho de otra manera, la belleza de una metáfora sería directamente proporcional al grado de significación del vínculo establecido entre los objetos puestos en relación.

Así, se ponen de manifiesto los vínculos existentes entre los criterios por los cuales Smith da cuenta del conocimiento de los objetos externos (la relación entre instinto, imaginación y pasiones), de la aceptabilidad de las teorías científico-filosóficas (la capacidad para mantener el reposo de la imaginación) y de la belleza de una obra de arte o de una figura retórica como la metáfora (los sentimientos que generan las relaciones de proporción entre los objetos imaginativamente conectados), derivados de la redefinición antropológica que ubica a la imaginación y a las pasiones en lo más íntimo de la naturaleza humana.

IV.A modo de conclusión

En este trabajo hemos tratado de brindar algunas reflexiones en torno a una temática relativamente poco conocida de la obra de Adam Smith, cual es la importancia de la metáfora para el conocimiento humano en el marco de sus nociones gnoseológico-antropológicas fundamentales. Hemos intentado defender una posición según la cual, para el filósofo escocés, la metáfora sería mucho más que un ornato del lenguaje, sin lugar presente o futuro, en el conocimiento científico.

Definiendo primeramente aquellas nociones básicas de la gnoseología smithiana, hemos visto que nuestro autor es deudor de lo que denominamos la redefinición antropológica propuesta por David Hume, la cual se caracteriza por poner en el centro de la naturaleza humana a la imaginación, en su relación con las pasiones, antes que a la razón. No obstante, notamos, la aceptación de este punto de partida antropológico no implica la adopción de un puro subjetivismo relativista, sino que el recurso al naturalismo parece poner lími-



tes al escepticismo radical y dar basamento a las posibilidades cognitivas humanas.

A partir de allí, mostramos la función primordial que ejerce la imaginación para la construcción del conocimiento científico según la exposición seguida por Smith en su “Historia de la Astronomía”, para luego poner en relación sus planteamientos epistemológicos con su concepción estética acerca de las artes imitativas. Pudimos ver allí que una de las consecuencias de la modificación ya señalada en su concepción de la naturaleza humana es la negación de una separación estricta entre ciencia y arte, dado que ambos ámbitos responden a, y se explican por, similares movimientos imaginativo-pasionales.

En estrecha relación con la explicación smithiana acerca del origen del lenguaje y con su noción de belleza aplicada a la retórica, toma toda su relevancia el concepto de metáfora. Indicamos que, al ser definida por el filósofo escocés como la alteración en el significado de un objeto por su relación de semejanza o analogía con otro, la metáfora cumple una función clave para el conocimiento humano, puesto que ayuda a extender el plexo de relaciones entre fenómenos que está en la base de dicho conocimiento (sea o no científico). Así, por ejemplo, un objeto abstracto puede llegar a ser mejor conocido gracias a una metáfora que lo ponga en relación con un objeto concreto, más inmediato para los hombres. Sin embargo, nos esforzamos por dejar en claro que esta revalorización de la metáfora no haría caer a Smith en un relativismo absoluto, sino que, contextualizando su concepción de la metáfora de acuerdo —una vez más— con el esquema general de sus nociones gnoseológico-antropológicas, se ve que existen criterios para el establecimiento de metáforas correctas, es decir, de aquellas que realmente aportarían cierto conocimiento, y estos criterios se derivan de las relaciones intrínsecas entre las nociones de realidad, verdad y belleza propuestas por el filósofo escocés según su comprensión de la naturaleza humana.



210 Bibliografía

Aristóteles (1998), *Metafísica*, Gredos, Barcelona.

Berry, Christopher (2006), "Smith and Science", en Haakonssen, Knud (ed.) *The Cambridge Companion to Adam Smith*, Cambridge University Press, Nueva York, pp. 112-135.

Bobes, Carmen (2004), *La Metáfora*, Gredos, Madrid.

Carrión, Gonzalo (2008), "Imaginación y Economía: fundamentos gnoseológicos y antropológicos en el pensamiento de Adam Smith", Cuadernos Empresa y Humanismo, nº 103, Universidad de Navarra, Pamplona.

Costa, Margarita (2003), *El Empirismo Coherente de Hume*, Trama Editorial, Buenos Aires.

Cremaschi, Sergio (1989), "Adam Smith: Skeptical Newtonianism, Disenchanted Republicanism, and the Birth of Social Science", en Dascal, M. y Gruengard, O. (eds.) *Knowledge and Politics: Case Studies in the Relationship between Epistemology and Political Philosophy*, Westview, Boulder.

Cremaschi, Sergio (2002), "Metaphors in the *Wealth of Nations*", en Boehm, Shtephan; Gehrke, Cristian; Kurz, Heinz D. y Sturn, Richard (eds.), *Is There Progress in Economics? Knowledge, Truth and the History of Economic Thought*, Elgar, Cheltenham, pp. 89-114.

Crespo, Ricardo. (1995), "El Concepto Amplio de Ciencia en Aristóteles y las Ciencias Sociales Contemporáneos", *Actas del II Simposio de Epistemología y Metodología en Ciencias Humanas y Sociales*, Tomo 1, Ediciones Facultad Filosofía y Letras Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, pp. 93-111.

Gilson, Étienne (1951), *El ser y la esencia*, Desclée de Brouwer, Buenos Aires.

Gilson, Étienne (1997), *El realismo metódico*, Encuentro, Madrid.



Griswold, Charles Jr. (1999), *Adam Smith and the Virtues of Enlightenment*, Cambridge University Press, Nueva York.

Haakonssen, Knud (1981), *The Science of a Legislator. The Natural Jurisprudence of David Hume and Adam Smith*, Cambridge University Press, Cambridge.

Harrison, John R. (1995), "Imagination and Aesthetics in Adam Smith's Epistemology and Moral Philosophy", *Contributions to Political Economy*, vol. 14, pp. 91-112.

Hume, David (2002), *Tratado de la Naturaleza Humana*, Vol. I y II, Estudio Preliminar y traducción: Félix Duque, Biblioteca de los Grandes Pensadores, Barcelona.

Jolivet, Regis (1937), *Las fuentes del idealismo*, Librería Parroquial, México.

Lakoff, George y Johnson, Mark (1995), *Metáforas de la vida cotidiana*, Cátedra, Madrid.

Lázaro Cantero, Raquel (2002), *La sociedad comercial en Adam Smith. Método, moral, religión*, EUNSA, Pamplona.

Maritain, Jacques (1983), *Distinguir para Unir o Los Grados del Saber*, Club de Lectores, Buenos Aires.

McCloskey, Donald (1985), *La retórica de la economía*, Alianza Editorial, Madrid.

Méndez Baiges, Víctor (2004), *El filósofo y el mercader. Filosofía, derecho y economía en la obra de Adam Smith*, FCE, México.

Montes, Leonidas (2004), *Adam Smith in Context. A Critical Reassessment of Some Central Components of His Thought*, Palgrave Macmillan, Nueva York.

Nussbaum, Martha (2008), *Paisajes del pensamiento. La inteligencia de las emociones*, Paidós, Barcelona.



212 Oliveras, Elena (2007), *La metáfora en el arte. Retórica y filosofía de la imagen*, Emecé Editores, Buenos Aires.

Schliesser, Eric (2003), "Some Principles of Adam Smith's Newtonian Methods in the Wealth of Nations", *Research in the History of Economic Thought and Methodology*, vol. 23A, pp. 35-77.

Skinner, Andrew (1972), "Adam Smith: Philosophy and Science", *Scottish Journal of Political Economy*, vol. 29, nº 3, pp. 307-319.